

volución francesa. Se dirigió, pues, Alejandro á la reina tributándole una especie de culto caballeresco y respetuoso, que así podía entenderse por un simple homenaje debido al mérito, como por un sentimiento algo más cordial; porque no obstante lo muy rendido que entonces le tenía una dama de distinción entre la nobleza rusa, diestro era ese príncipe para simular cuantos afectos pudieran favorecer sus designios. Como quiera, en el que allí manifestaba á la reina ni ofendía al decoro ni dejaba puerta á la recelosa susceptibilidad de Federico Guillermo. Aún no había pasado dos días en Berlín, cuando ya era el ídolo de la corte, que no se cansaba de ponderar su amabilidad, su talento, su generoso fervor por la causa de la Europa. Se había mostrado extremadamente obsequioso con toda la familia del gran Federico y visitado particularmente al duque de Brunswick y al mariscal Mollendorf, honrando en ellos á los jefes del ejército prusiano. El joven príncipe Luis, sobrino del rey, digno de nota por el odio enconado que alimentaba contra el nombre francés y por su desmesurada ambición de gloria, por cuya propia tenía la causa de la Rusia, pero en esta ocasión hacía alarde de abrazarla con más entusiasmo que nunca; de suerte que como por encanto se arrebataba Alejandro todos los corazones. Bien lo reparó Federico Guillermo, y también llegó á temer las consecuencias. Así es que con indecible inquietud esperaba las proposiciones que necesariamente sucederían á tanto entusiasmo, guardándose empero de provocarlas por alejar cuanto posible fuera el haber de explicarse. Ya dijimos que la gravedad de las circunstancias le empeñó á consultarse con su antiguo consejero Hauwitz, cuyo entendimiento, demasiado sutil en comparación del suyo, hubo de desagradarle más de una vez por esa sola razón; pero cuya política astuta, evasiva y siempre inclinada á la neutralidad, le cuadraba perfectamente. Ambos deploraban el fatal enlace de las cosas, que habían puesto á la Prusia en un paso de tan difícil salida, por la dirección apasionada é inconstante de Mr. de Hardenberg. Este amigo y hechura de Mr. de Haugwitz, ya rival y celoso de ese estadista, comenzó tomando por norte su política consistente en mantenerse neutro entre los dos partidos europeos, beneficiando cuanto posible fuera su neutralidad, sólo que concurrió á practicarle con la versatilidad de su carácter, inclinándose ora á este partido, ora al otro; partidario de los franceses cuando se trataba del don del Hannover, hasta el punto de entregarse enteramente en sus brazos, y que con los acontecimientos de Anspach ya se puso de parte de aquellos que querían se les hiciese la guerra en unión con la Rusia, Mr. de Haugwitz condenó, aunque con moderación, la conducta de su ingrato discípulo, diciendo que había sido demasiado francés algunos meses antes y era entonces demasiado ruso: pero ¿cuál medio para salir de apuros, ni cómo esquivar la afectada solicitud del joven emperador? De hora en hora parecía más grave la dificultad, y con eludirle no se lo graba resolverla. Sin embargo, para Alejandro eran muy preciosos los instantes, porque cada día que se perdía venía anunciando nuevos adelantos de Napoleón sobre el Danubio y nuevos peligros para el Austria, no menos que para las armas rusas ya puestas á orillas del Inn. Acometió, pues, al rey de Prusia, ha-

ciendo que su ministro de Negocios extranjeros acometiese al mismo tiempo al hábil y solapado conde de Haugwitz. ¿Cuál fuera el tema que uno y otro desarrollaran entonces? De lo que vamos á relatar podrá deducirse. La Prusia, dijeron ambos, no podía separarse de la causa de la Europa, ni tampoco contribuir con su inacción al triunfo del enemigo común. Si que éste la trataba con algún miramiento por entonces, aunque no muy grande, tomando en cuenta lo que acababa de hacer en Anspach; pero que por segura pudiera contar su ruina desde que aquél se desembarazara del Austria y de la Rusia, y se viera enteramente libre de enemigos. Era indisputable que Napoleón amenazaba de muy cerca á la Prusia; pero por lo mismo se corría á su defensa con un ejército de ochenta mil combatientes, allegados á sus fronteras sin otro objeto. Este ejército reunido en Pulawi, á las puertas de la Silesia, era, no una amenaza, sino una fina correspondencia de Alejandro, que no quería empeñar á un amigo en una guerra tan seria sin venir ofreciéndole brazos con que hacer frente á los peligros. Por otra parte, Napoleón tenía contra sí muchos enemigos; en gran aprieto se había de ver en el Danubio, si mientras que los austriacos y los rusos le opusieran una barrera inexpugnable, la Prusia llegara á cogerle la espalda por la Franconia, quedándose así entre dos fuegos y siendo infalible su derrota. En un caso tan probable, á nadie sino á la Prusia se le debería el triunfo común, y se la recompensaría con todo cuanto Napoleón le estaba prometiendo y nunca daba; es decir, con el complemento del territorio destinado á lisonjear la justa ambición de la casa de Brandeburgo, con el Hannover en fin. En efecto, para tal sacrificio ya se había pedido el asentimiento de la Inglaterra. Y ¿cuánto mejor era, se añadía, el recibir un tan precioso don de manos del poseedor legítimo, por premio del bienestar general, que no de las de un usurpador que hace de los bienes ajenos la recompensa de una traición?

Y pronto pareció un nuevo padrino apoyando esas pretensiones: el archiduque Antonio, que á toda prisa pasó desde Viena á Berlín, á fin de notificar la derrota de Ulm, los triunfos rápidos de los franceses, que tan en peligro ponían á la monarquía austriaca, peligro que no podía dejar de alcanzar á todos los Estados de Alemania, por cuyo motivo solicitaba con ardor y á cualquier precio que fuese la reconciliación de las dos potencias alemanas más principales.

Se había urdido esa trama diplomática con demasiada habilidad para que de ella pudiera escaparse el desgraciado rey de Prusia. Y con todo, tanto él como Mr. de Haugwitz resistían con tesón, cual si claramente estuvieran viendo los reverses que no tardando había de sufrir la monarquía prusiana. Hubo conferencias, altercados, quejas en abundancia y muy amargas; pero el rey y su ministro contestaban que eso era querer la ruina de la Prusia, labrársela infaliblemente, porque aun cuando toda la Europa reunida se alzase contra Napoleón, no habría medio de resistirle; yendo hasta decir que si cedían sólo era porque se empleaba la fuerza contra su razón, contra su prudencia, contra su patriotismo, saltando de paso sus quejas contra el proyecto de traerlos á la liga por bien ó por mal, para cuyo fin se había puesto á las puertas de la Silesia un ejército ruso. Respondía

Alejandro á este último cargo con el sacrificio de su ministro el príncipe Czartoryski. Inconstante por naturaleza, ya encontraba excelentes los consejos de los Dolgorouki, quienes iban diciendo por todas partes que Czartoryski era un ministro pérfido, que vendía al emperador por ceñirse la corona de la Polonia, y que con este objeto trabajaba para poner la Rusia en guerra con la Prusia. Como Alejandro careciese del temple de alma que era menester para el plan que se le había aconsejado, tal espanto le sobrecojió en Pulawi al oír la sola idea de marchar contra la Francia atropellando el territorio de la Prusia, que no cometiera semejante temeridad aunque le valiera la corona de Polonia.

Advertido ya por Mr. de Alopeus y excitado todavía por los Dolgorouki, decía que se le había hecho cometer un enorme despropósito, repreniéndosele agriamente al príncipe Czartoryski, cuyo carácter grave y rígido comenzaba á disgustarle, porque con la franqueza de un amigo y de ministro independiente reprobaba tal cual vez las debilidades y la ligereza de su soberano.

Fueron tantas las instancias, las denegaciones, las protestas de amistad y luego los ruegos de la reina y los esfuerzos del príncipe Luis y los clamores del bisoño estado mayor prusiano, que por fin se logró atortolar al rey, rendir á Mr. de Haugwitz, y hacer que ambos entraran en la liga. Pero Federico Guillermo, ya que venido contra su querer, todavía quiso reservarse un refugio para salir de aquel nuevo compromiso, y conforme con el consejo de Mr. de Haugwitz, adoptó un plan que en parte podía abogar en favor de su probidad violentada, y consistía en interponerse por mediador; hipocresía empleada entonces por todas las potencias para disimular mejor los proyectos de coalición contra la Francia. De este mismo medio había querido servirse la Prusia tres meses antes, tratando de la alianza con Napoleón á cuenta que se le diera el Hannover; y de ese mismo medio pretendía servirse ahora pactando alianza con Alejandro, y siempre á precio del Hannover, por desgracia en mengua de su honor.

Quedó, pues, concertado que la Prusia, so pretexto de no poder vivir tranquila entre dos enemigos enconados que ni aun respetaban su territorio, se resolvería á intervenir para obligarlos á la paz. Muy bien; pero ¿en qué condiciones se había de ajustar esa paz? He ahí el punto capital de la cuestión. Puesto que la Prusia se refiriera á los tratados que ella tenía con Napoleón, por los cuales se había constituido garante del estado actual del imperio francés, en cambio de las lesiones que se le hicieron en Alemania, nada se le podía decir; pero no se sentía con la fuerza de voluntad necesaria para encerrarse en esos límites, no obstante ser los que señalaba la lealtad. Lo que hizo fué convenir en que pondría por condiciones de la paz un nuevo deslinde de las posesiones austriacas en Lombardía, contando ésta desde el Adige al Mincio (lo cual demandaba el desmembramiento del reino de Italia); una indemnización para el rey de Cerdeña, y además las cláusulas ordinariamente admitidas por el mismo Napoleón siempre que fuera caso de una paz general, es decir, la independencia de Nápoles, de la Suiza y la Holanda. Todo eso era una formal violación de las garantías recíprocas que la Prusia tenía estipuladas con la Francia, y no en proyectos de alianza quedados en ciernes, no, sino en pactos auténticos y

firmados con motivo de las indemnizaciones alemanas.

Más todavía hubieran querido los rusos y los austriacos; pero como sabían que ni siquiera con eso se había de conformar Napoleón, de seguro contaban con que bastaba lo obtenido de la Prusia para arrastrarla á la guerra.

Aun surgió otra pretensión por la cual también hubo de pasarse á trueque de allanar todos los obstáculos. Federico Guillermo no quería presentarse á Napoleón en nombre de todos sus enemigos, y menos de la Inglaterra, ya que también él se había declarado contra esa potencia en sus desahogos y tratos con aquél. Manifestó por lo mismo el deseo de que no se había de tomar en boca el poder inglés al hablar de mediación, entendiéndose no interesarse sino en la paz del continente; lo cual le fué concedido, siempre en la idea de que para traerle á hacer la guerra no era menester más de lo estipulado. Por último, para complemento de todas sus precauciones, he aquí la más caprichosa y la de mayor importancia: que llegado el momento de obrar se le daría á la Prusia un mes de término para prepararse. Estaba por una parte el duque de Brunswick, cuyo parecer se oía sin apelación en cuanto se refiriera á la milicia, el cual aseguraba que el ejército prusiano no podría ponerse en campaña hasta fines de diciembre, y por otra monsieur de Haugwitz que aconsejaba se diesen largas para ver el aspecto de las cosas en el Danubio entre los franceses y los rusos. Con un capitán tal como Napoleón, los acontecimientos no podían dejar de ser rápidos; y alcanzando un mes de espera, bien se podía presumir que una solución imprevista y decisiva vendría á sacarlos de apuros. Se convino, pues, en que al cabo de un mes, contado desde el día en que Mr. de Haugwitz saliera de Berlín para proponer la mediación, la Prusia tendría que entrar en campaña, siempre que no hubiese una respuesta satisfactoria de parte de Napoleón. Nada tan fácil como ganarse algunos días más, retardando bajo algún pretexto el de la salida de Mr. de Haugwitz; y por fin, también confiaba mucho Federico Guillermo en la prudencia, en la habilidad de su encargado, para no temer que de buenas á primeras fuera á provocar el rompimiento por parte del emperador.

Esas condiciones indignas de la lealtad prusiana, porque, como ya se dijo, eran contrarias á lo formalmente estipulado con ella valiéndole pingües posesiones, contrarias también á una amistad que Napoleón debió tener por sincera, esas condiciones, repetimos, fueron escritas y firmadas por duplicado en Potsdam el 3 de noviembre. El texto literal jamás vió la luz pública; pero Napoleón logró verle, andando el tiempo, bajo el título de Tratado de Potsdam. Es innegable que no siempre Napoleón anduvo acertado con respecto á la Prusia; con todo de halagarla y aventajarla en muy mucho, todavía dejó perder más de una coyuntura en la cual fué fácil encadenarla para siempre; pero se contentó con colmarla de beneficios positivos y con serle siempre fiel en todas sus relaciones.

En Potsdam, en ese risueño retiro del gran Federico, fué donde Alejandro y el rey de Prusia concluyeron, después de haberse incensado recíprocamente, ese tratado tan contrario á la política y á los intereses del gabinete de Berlín; ese tratado de tanto desconsuelo para el astuto conde de Haugwitz, que apenas se perdonaba

la debilidad de haberle firmado, sino con la esperanza de que llegaría á poder eludir sus consecuencias. El rey estaba atortolado, confuso, no sabía por dónde andaba, y para acabar de trastornarle el juicio, se cuenta que Alejandro, de concierto con la reina y probablemente llevado de su inclinación á las escenas solemnes, quiso visitar la capilla en donde existen las cenizas de Federico el Grande, que están en la iglesia de Potsdam. Bajo aquella bóveda abierta en una de las columnas de la iglesia, estrecha y sencilla hasta pecar en desaseada, se encuentran dos sepulcros de madera, el uno con los restos de Federico Guillermo I y el otro con los de Federico el Grande. Pues allí concurrió Alejandro con el joven rey, y después de haber derramado algunas lágrimas, cogió á su amigo del brazo haciéndole jurar y jurando él mismo sobre los manes de Federico el Grande una amistad eterna. La suerte y la causa del uno habían de ser siempre la del otro. Tilsit vino á decir en breve lo vano de ese juramento, aun cuando es probable que se había hecho con toda sinceridad.

Como por todo Berlín corrió la nueva de esa escena, haciéndose luego pública en la Europa, confirmada quedó la opinión de que existía una alianza muy estrecha entre los dos jóvenes monarcas.

En cuanto supo la Inglaterra este cambio de cosas en Prusia y los resultados de las negociaciones tan favorablemente concluidas con esa corte, ya le pareció ver un acontecimiento capital para resolver la suerte de la Europa; y dispuso por consiguiente que lord Harrowby en persona, ministro de Estado, saliese para Berlín. El gabinete británico no quería pasar por mezquino con la Prusia; accediera ésta á cuanto de ella se pretendía, y pidiera en cambio cuanto quisiese, que de antemano quedaba aceptado. Desde luego consentía en que para nada se mentase á la Inglaterra en la negociación que Mr. de Haugwitz iba á abrir con Napoleón, y en cuanto á los gastos de la guerra en que la Prusia había de entrar al cabo de un mes, allí estaba pronto su dinero para cubrirlos. Por lo que mira al aumento de territorio con que se convidaba á la casa de Brandeburgo, la corte británica estaba dispuesta á mostrarse magnánima, sólo que no dependía de ella el abandono del Hannover, patrimonio que Jorge III estimaba sobre manera. Con el mayor gusto le sacrificara Mr. Pitt, como que todos los ministros ingleses han considerado ese Estado muy gravoso para la Inglaterra; pero antes abandonaría el rey Jorge sus tres reinos unidos que el Hannover. Por tanto, dispuesto estaba el gabinete de Londres á conceder en cambio de aquel país una cosa, si no tan á la puerta de la monarquía prusiana, mucho más considerable; nada menos que la Holanda (1), que en sentir de todas las cortes era la esclava de la Francia, y por lo mismo reclamaban ellas su independencia con energía tanta: esa Holanda era el cebo con que se convidaba á la Prusia para arrastrarla á la liga, dejando á salvo el Hannover. En eso puede conocer la ilustre nación holandesa cuánto debe fiarse en la sinceridad de las protestas de afecto que las cortes europeas le envían.

Todos esos eran asuntos que se habían de ajustar anteriormente entre los gabinetes de Londres y de Berlín,

(1) Fundo este aserto en documentos auténticos.

(N. del A.)

y entretanto lo que importaba era que el tratado de Potsdam surtiese su consecuencia esencial, esto es, que la Prusia entrase en la liga. Los austriacos y los rusos por su parte instaban para que cuanto antes se pusiera en camino Mr. de Haugwitz, y mientras que este comisionado disponía sus preparativos de viaje, emprendió el suyo el emperador Alejandro el 5 de noviembre, después de haber pasado diez días en Berlín, dirigiéndose á Weimar para hacer una visita á su hermana la gran duquesa, princesa de mucho mérito que residía en aquella ciudad, rodeada de los primeros talentos de la Alemania, cuyo trato hacía su mayor dicha por lo mismo que sabía discernir su valer. La despedida de los dos monarcas ocurrió en el mismo punto que había sido el recibimiento del de Rusia, esto es, á las puertas de Berlín, señalándola con nuevos abrazos y testimonios de amistad, con apariencias sobrado ostensibles por lo menos de entre una de las partes. Alejandro marchaba, pues, á ponerse al frente del ejército, inspirando ese interés que de ordinario provocan semejantes empresas, y por lo mismo se aclamaba en su persona el joven héroe que sin reparar en riesgos iba á pelear por el triunfo de la causa de todos los tronos.

Durante este tiempo ni siquiera se pensó en que allí estaban el ministro de Francia, Mr. de Laforest, y el gran mariscal del palacio imperial, Mr. Duroc, y aún continuó después la corte de Berlín tratándoles con una indiferencia insultante. Aunque fuera el secreto la principal condición que se habían impuesto rusos y prusianos, relativamente al tratado de Potsdam, como los primeros no pudieran reprimir su gozo, no tardaron en pregonar que la Prusia se había unido á ellos de una manera irrevocable. Demasiado lo decía así también su extremada alegría, y esto con los preparativos militares que comenzaron entonces y con lo tan demasiado activo que para su edad se mostraba el anciano duque de Brunswick, todo confirmaba el triunfo que Alejandro había obtenido en Potsdam. Mr. de Hardenberg, que seguía con Mr. de Haugwitz la dirección de las relaciones exteriores, apenas quería dar la cara á los plenipotenciarios franceses; más tratable se mostró con ellos Mr. de Haugwitz. Preguntado por nuestros enviados sobre la fe que debiera atribuirse á las indiscreciones de los rusos, no pagaba sino con que no había que apoyarse en noticias de calle; que efectivamente confesaba la existencia de un proyecto, y nada nuevo para ellos, pues que estaba reducido á una mediación. Al deseo de saber si esa mediación había de ser ó no armada, que es como si dijéramos violenta, no satisfizo sino con que las instancias de su corte al emperador Napoleón irían ajustadas á la urgencia del momento. En fin, ¿cuáles han de ser las condiciones de esa mediación? Justas, respondía él, sensatas, conformes con la gloria de la Francia, para prueba de lo cual bastaba saber que él mismo en persona se había encargado de ir á proponérselas á Napoleón, y que siendo ésta la primera vez que iba á presentarse ante un grande hombre, no sería para exponerse á ser mal recibido.

Esas fueron las únicas aclaraciones que se obtuvieron del gabinete de Berlín; mas como se sabía con toda evidencia que el paso de los rusos por la Silesia estaba concedido en desquite de haber atravesado nuestras tropas el territorio de Anspach, y que el Hannover había

de ser ocupado por un ejército prusiano; como la Francia tenía en la plaza de Hameln una guarnición de seis mil hombres, á eso Mr. de Haugwitz, sin explicarse sobre si se determinaría ó no el asedio de aquella plaza, contestó que los franceses serían tratados con el mayor miramiento, y que igual fineza esperaba él de parte de los franceses para con los prusianos.

El gran mariscal Duroc, comprendiendo entonces la inutilidad de su estancia en Berlín, se puso en camino para el cuartel general de Napoleón. Como ya en aquel tiempo (fin de octubre y principio de noviembre) había sido arrollado y deshecho el ejército austriaco, Napoleón se estaba disponiendo para marchar contra los rusos, consecuente en esto con el plan que tenía concebido.

Grande fué el pasmo del emperador cuando se le refirió lo que acababa de pasar en Berlín; porque con la mejor fe del mundo había él ordenado el paso de sus armas por Anspach, creyendo en toda su fuerza y vigor el uso antiguo. No podía resolverse á creer que el enojo de la Prusia fuese real y verdadero, antes le supuso arbitrio de aquella corte para encubrir á la liga su pusilanimidad; pero como cualquiera que fuese su modo de ver en este punto, nada habría sido capaz de desviarle de su empeño, salió mostrando en esta ocasión una grandeza de ánimo superior á todo cuanto en él se había visto.

Ya tenemos conocido el plan de sus operaciones, que consistía en que la Francia debiendo ser atacada por cuatro puntos á la vez, al Norte por el Hannover, al Mediodía por la Italia y al Oriente por la Lombardía y la Baviera, á estos dos últimos ataques había de atender con mayor empeño. Massena se opondría al de la Lombardía trayendo entretenidos á los archiduques durante algunas semanas, y el que amenazaba por la Baviera quedaba por cuenta del mismo Napoleón. Éste, aprovechándose, como ya vimos, de la distancia que tenía á los rusos separados de los austriacos, y merced á evoluciones sin ejemplo en la historia, había acorralado á los últimos y enviándolos prisioneros á Francia. Marcha ahora contra los rusos que espera derrotar á las puertas de Viena, y por medio de ese movimiento necesariamente ha de quedar la Italia despejada, y los ataques proyectados por el Norte y el Mediodía de la Europa quedarse en diversiones insignificantes.

Con todo, sobrado podía turbar la Prusia el orden de ese plan marchando por la Franconia ó la Bohemia á espaldas de Napoleón, mientras éste se dirigiera á Viena. La noticia de los acontecimientos de Berlín, dando en un general adocenado, le habría hecho desistir de su empeño y volver pie atrás hasta ocupar una posición más inmediata al Rhin, para no exponerse á que el enemigo le envolviera, y allí al frente de todas sus fuerzas reunidas esperara las consecuencias del ajuste de Potsdam; pero á conducirse de esa manera, ciertos hubiese hecho los riesgos que hasta entonces no eran sino probables, pues dejaba tiempo para que se reunieran los dos ejércitos de Kutusof y de Alejandro; al del archiduque Carlos para que pasara desde Lombardía á la Baviera, incorporándose también con los rusos; y á los prusianos, no sólo el tiempo, sino que con él el descaro de que se le presentaran con condiciones inadmisibles, entrando en seguida en la lid. Al cabo de un mes habría visto sobre sí ciento veinte mil austriacos, cien mil ru-

sos, ciento cincuenta mil prusianos, todos ellos reunidos en el alto Palatinado ó en la Baviera y que le hubieran hundido con una masa de fuerzas duplicadas á las suyas. Así, persistir en sus planes con más fervor que nunca, esto es, seguir marchando; rechazar á uno de los extremos de la Alemania las fuerzas más considerables de la liga; oír en Viena los agravios de que quisiera quejarse la Prusia, y responderla con trofeos, tal era la determinación más acertada, aunque al parecer más temeraria. Cierto es que semejantes resoluciones no son hechas sino para los grandes capitanes; los hombres vulgares hubieran sucumbido en ellas; y á más de eso exigen igualmente un genio privilegiado, una autoridad absoluta, porque sea para avanzar, sea para retroceder oportunamente, conviene ser el alma de los movimientos, el centro de todas las voluntades; es menester, en fin, ser general y jefe del imperio, ser Napoleón y emperador.

El lenguaje de Napoleón con la Prusia fué conforme con la resolución que acababa de tomar. Lejos de buscar pretextos para buscar la violación del territorio de Anspach, lo que hizo fué recordar los pactos anteriores, diciendo que si acaso habían caducado hubiera sido justo advertírselo; que al cabo no era todo ello sino un puro subterfugio; que veía perfectamente el triunfo de sus enemigos en Berlín; que por lo mismo, por muy excusado tenía el entrar en explicaciones amistosas con un príncipe que daba pruebas de tener en muy poco su amistad; que esas explicaciones el tiempo y los sucesos se las llevarían en su nombre, pero que había un punto sobre el cual le encontrarían inflexible, el punto de honra; que jamás sufrirían sus águilas una afrenta; que estaban en la ciudadela de Hameln, una de las plazas fuertes del Hannover; que si se había concebido la idea de arrollarlas, allí se hallaba para defenderlas hasta el último extremo el general Barbou, con la seguridad de que se iría en socorro suyo antes que sucumbiera; que tener contra sí toda la Europa en armas no era para la Francia una novedad, ni cosa tampoco capaz de asustarla; que él, Napoleón, sabría pasar no tardando, si á ello se le provocaba, desde las márgenes del Danubio á las del Elba, haciendo que sus nuevos enemigos se arrepintiesen, como los antiguos, de haber atentado á la dignidad de su imperio... He aquí la orden que se le transmitió al general Barbou, mandando de paso copia de ella al gobierno de Prusia:

«AL GENERAL DE DIVISIÓN BARBOU.

»Augsburgo, 24 de octubre.

»Ignoro lo que se maquina, pero sea cual fuere la potencia cuyas armas pretendieran invadir el Hannover, aunque esa potencia no me tuviese declarada la guerra, vuestro deber es oponeros á la invasión. No teniendo fuerzas bastantes para resistir á un ejército, os encerraréis en los fuertes. Ya cuidaré yo de correr á la defensa de las tropas encerradas en Hameln. Mis águilas no han sufrido todavía una afrenta. Cuento con que los soldados que mandáis son dignos de alternar con sus compañeros de armas, y que sabrán conservar el honor, que es el más noble, el más precioso patrimonio de las naciones.

»No debéis entregar la plaza sino en vista de una orden mía, y con tal que os fuere dada por uno de mis edecanes.—NAPOLEÓN.»

Napoleón se había trasladado desde Ulm á Augsburgo, y de este punto á Munich para acabar aquí sus preparativos de marcha. Antes de verle recorriendo esa inmensa valedada del Danubio, allanando cuantos obstáculos le oponen el invierno y el enemigo, volvamos una mirada hacia la Lombardía donde Massena está encargado de contener á los austriacos, en tanto que Napoleón les arrebatase sus posiciones en el Adige á su paso para Viena.

Napoleón y Massena conocían perfectamente la Italia, como que ambos se habían hecho en ella famosos. Las instrucciones dadas para esta campaña eran dignas del uno y del otro de esos jefes. Napoleón sentó desde luego por principio que cincuenta mil francesas, con un río por delante, nada tenían que temer de ochenta mil enemigos, fueran los que se quisieran; pero con todo, nada exigía de ellos sino una sola cosa, guardar el Adige hasta tanto que él, penetrando en la Baviera (la cual forma el reverso septentrional de los Alpes, como la Lombardía el meridional), hubiese doblado la posición de los austriacos, obligándoles á retroceder, para cuyo fin importaba que se mantuviesen reunidos en la parte superior del río, con el ala izquierda en los Alpes, según él lo había practicado siempre, rechazar á los austriacos hacia los montes si acaso se descolgaran por las gargantas del Tirolo; que si al contrario llegaran á pasar el bajo Adige, convenía no inquietarlos, tratar de replegarse nada más, y cuando se les llegara á ver ya metidos en los marjales del bajo Adige y del Po, desde Legnano á Venecia, no había sino acometerlos por el flanco y ahogarlos en las lagunas; que con mantenerse así reunidos al pie de los Alpes nada se peligraba, viniese el ataque ya de parte arriba, ya de parte abajo; pero que si el enemigo diese muestras de renunciar á la ofensiva, era indispensable el cargarle tomando de noche el puente de Verona sobre el Adige, y marchando inmediatamente á acometer las montañas de Caldiero. Las campañas de Napoleón ofrecían modelos para la conducta que debía observarse en cualquier caso sobre esta parte del teatro de la guerra.

Massena no era hombre para haber de balancear entre la ofensiva y la defensiva, porque así su carácter como su saber no se avenían sino con el primero de esos dos sistemas de guerra. Su convicción íntima era que con cincuenta mil franceses no debía mantenerse á la defensiva aunque viera delante ochenta mil austriacos, y esos, mandados por el archiduque Carlos. Así es que en la noche del 17 al 18 de octubre, teniendo ya noticia de haber comenzado su movimiento el grande ejército, emprendió él sigilosamente el suyo, dirigiéndose hacia el puente del Palacio Viejo, situado en el centro de Verona. Sin duda se sabe que el Adige divide esa ciudad en dos partes, una de las cuales pertenecía á los franceses y la otra á los austriacos. Los puentes habían sido cortados, y sus entradas se hallaban cerradas por medio de estacadas de terraplenes. Una vez que Massena hubo derribado el terraplén que obstruía el paso para el puente del Palacio Viejo, y viéndose ya á la misma margen del río, puso en unos barquichuelos á varios fusileros de los más arrestados, encargándoles que reconociesen si los pilares del puente estaban ó no minados, y que algunos de entre ellos saltasen á descubrir campo en la orilla opuesta. Como se le dijera que los pilares se mantenían intactos, al instante se estableció paso del uno

al otro por medio de algunos pares; puso su gente del otro lado del Adige, y el día siguiente 18 todo él le gastó atacando á los austriacos. El secreto, la energía, la celeridad de esa acometida, todo en fin fué muy digno del primer lugarteniente de Napoleón en las campañas de Italia. Massena se encontró tras esa empresa dueño absoluto del curso del Adige, en posición de obrar sobre ambas riberas si el caso lo exigiese; sin haber de temer que se le sorprendiera á favor de un paso á mano armada, porque se encontraba muy á sus anchas para estorbar esa operación, cualquiera que fuese el punto donde se intentase. Ahora para entrar en una ofensiva pronunciada, marchando resueltamente á invadir el territorio austriaco, esperó á que del Danubio le llegasen noticias decisivas.

El 28 las recibió, y tales que excitaron en el ejército de Italia un júbilo y una emulación indecibles. Se las anunció Massena á sus soldados entre el estruendo del cañón que las celebraba, y resolvió emprender su marcha sin pérdida de un instante. En efecto, en la mañana del 29 de octubre echó á la parte de allá del Adige tres de sus divisiones, bajo las órdenes de Gardanne, Duhesme y Molitor, con las cuales arrolló á los austriacos, extendiéndose por toda la llanura conocida con el nombre de San Miguel, entre la plaza de Verona y el atrincheramiento de los enemigos en Caldiero. Su plan era atacar á ese formidable campo defendido por un ejército mucho más numeroso que el suyo, y apoyado en posiciones que la naturaleza y el arte habían hecho sumamente tremendas. El archiduque por su parte, aunque sabedor ya de los triunfos tan extraordinarios del grande ejército francés, y sin embargo de presumir que en breve tendría que retroceder para volver á la defensa de Viena, tampoco quería abandonar el terreno con nota de vencido; antes apetecía alcanzar alguna ventaja decisiva, á favor de la cual poder retirarse tranquilo por aquel camino que mejor pudiese convenir á la situación general de las armas aliadas.

Así, pues, he ahí dos adversarios que van á medirse las fuerzas con tanta más violencia, cuanto que en ambos está la resolución de pelear hasta quedar muertos ó rendidos.

Massena tenía á su frente las últimas escarpas de los Alpes del Tirolo, que iban á morir en los llanos de Verona á inmediaciones del lugarillo llamado Caldiero, por el cual atraviesa la carretera de Lombardía que conduce al Austria por el Friul. Los obstáculos de ese punto consistían en terrenos cercados y con edificios en su interior, todos ellos ocupados por una gran parte de la infantería austriaca; en fin, á la derecha las extensas y pantanosas márgenes del Adige, cortadas en todas direcciones por medio de fosos y de diques erizados de cañones. En eso nada menos consistía el campo atrincherado de los austriacos, contando con ochenta mil combatientes para defenderle; contra todo eso había de acometer Massena con sus cincuenta mil franceses. ¿Podían intimidar tantos obstáculos al héroe de Rívoli, de Zurich y de Ginebra? Nada de eso. Desde el 30 por la mañana pareció ya siguiendo la carretera adelante, despachando de paso al general Molitor para que con la división de su mando fuera á tomar las terribles alturas de Coloñola, mientras que él con las divisiones Duhesme y Gardanne atacaba al centro enemigo sobre

la misma carretera. Y como le pareciera que para hacer que un enemigo superior en fuerzas y colocado en posiciones ventajosas se resolviera á abandonar su puesto, es de necesidad hacerle ver que una de sus alas está amenazada de un peligro serio, encomendó al general Verdier el cargo de correr con diez mil hombres á la extremidad de la derecha del ejército francés, pasar el Adige, doblar el ala izquierda del archiduque y en seguida caer de repente sobre su retaguardia. Con tal de que esa operación saliese bien desempeñada, sin duda merecía el desmembramiento de esas fuerzas; pero era muy expuesto el confiar el paso del río á un segundo cabo, y si esos diez mil hombres no se habían empleado con fruto á la derecha, precisamente llegaría el centro á sentir muy mucho su ausencia.

Con denudedo se arrojó Massena sobre el enemigo en cuanto asomó el alba, arrollando á los austriacos en todas direcciones. El general Molitor, uno de los militares más entendidos y más firmes de entre todos los del ejército, avanzó hasta el pie de los montes de Coloñola con pasmosa serenidad, trepando después por las primeras escarpas, no obstante el espantoso fuego que se le disparaba. También el coronel Teste iba á comenzar á repecharlas con el 5.º de línea, cuando de repente se le opuso el conde Bellegarde, saliendo de uno de los reductos con todas sus fuerzas, y resuelto á despedazar aquel regimiento. Molitor, que al punto advirtió el daño, no se paró á contar los enemigos, sino que como el relámpago torció contra la columna de Bellegarde con su 6.º de línea, único regimiento que allí tenía á mano; y atacó con tal violencia, que la dejó sorprendida y sin aliento para avanzar. En ese intermedio el coronel Teste ya había tomado uno de los reductos y tremolado sobre su banqueta la bandera de su regimiento, cuya águila vino á llevársela una bala de cañón; pero avergonzados los austriacos al verse echar de tales posiciones por un puñado de hombres, volvieron á la carga y recobraron ese reducto. Fué, pues, preciso que por este punto quedaran los franceses al frente del atrincheramiento enemigo sin poder arrebatárselo, y hartos milagro hubo en atreverse á tanto con tan poca gente sin salir derrotado.

El príncipe Carlos tenía la mayor fuerza de sus armas en el centro, á cuyo frente había puesto una reserva de granaderos, contando en sus filas tres archiduques. Los generales Duhesme y Gardanne, que iban despejando la carretera y echando al enemigo de las huertas que la bordaban, se pusieron sin tardanza á las inmediaciones de Caldiero; y este fué el instante que escogió el príncipe Carlos para tomar la ofensiva. Rechazó, pues, á los agresores, avanzándose por la carretera en columna cerrada y á la cabeza de la infantería más florida del Austria. Adelante iba esa columna como en otro tiempo la de Fontenoy, y ya pasaba por entre los destacamentos de tropas francesas repartidas á derecha é izquierda en los cercados, debiendo temerse que fuera á apoderarse de Vago, que era para los franceses lo que para los austriacos Caldiero, esto es, el apoyo de su centro; pero Massena acudió al instante á disputarle el paso, y haciendo que allí se agolparan sus divisiones, y colocando en mitad de la carretera al frente mismo del enemigo toda cuanta artillería llevaba, á boca de jarro comenzó á barrer las compañías de los bravos granaderos aus-

triacos, cargándoles después á la bayoneta, acometiendo sus flancos, hasta que después de un combate sangriento, en medio del cual se mantuvo ese jefe como un simple soldado, la columna enemiga se pronunció en retirada. A la parte allá de Caldiero la echó, quedándole campo abierto para penetrar en las primeras trincheras del enemigo. Si en aquellas circunstancias ya estuviera desempeñada la misión del general Verdier habiendo pasado el Adige, ó si Massena tuviese entonces consigo los diez mil hombres inútilmente despachados por su derecha, se habría apoderado infaliblemente del terrible campo de Caldiero; pero Verdier dirigió mal su operación: echó del otro lado del río uno de sus regimientos, quedándose él sin poder apoyarle, de suerte que el paso proyectado abortó. La noche sola fué la que logró separar á los combatientes, cubriendo con sus sombras un campo de batalla de los que con más sangre viera el siglo.

Sólo un Massena pudo empeñar y sustentar sin ser vencido semejante lid. Los austriacos habían perdido tres mil hombres entre muertos y heridos, dejando cuatro mil prisioneros en nuestro poder. Nosotros perdimos entre todos unos tres mil hombres. Se pasó aquella noche vivaqueando en el campo de batalla, mezclados unos con otros y en medio de una espantosa confusión; pero aprovechóse de ella el archiduque para despachar sus bagajes y su artillería, y al romper del alba comenzó su movimiento retrógrado, dejando á una retaguardia el cargo de entretener á los franceses. El cuerpo del general Hellinger, compuesto de cinco mil hombres, fué el sacrificado al interés de aquella retirada, haciéndole descender de los montes para que amenazara á Verona por la retaguardia de nuestras tropas, en tanto que el archiduque emprendía su marcha. Ni aun tiempo se le dió á ese general para regresar después de acabada semejante demostración, y acaso se empeñara demasiado en ella; lo cierto es que él y toda su gente cayeron prisioneros; de suerte que en tres días Massena había quitado al enemigo once ó doce mil hombres, los ocho mil prisioneros y los restantes muertos ó heridos.

Al momento se echó en persecución del archiduque, no dejándole ni aun respirar; sólo que el príncipe austriaco tenía en su favor los mejores soldados del país en número de setenta mil, su experiencia, sus talentos militares, el invierno, los ríos fuera de madre y los puentes de esos ríos, que los cortaba según los iba pasando: de manera que Massena no debía engreirse con la creencia de que lograría cumplir su derrota, ya que le diera sobrado que hacer para impedirle la elección de sus maniobras contra el grande ejército.

Así, pues, tan puntualmente realizado quedaba el plan de Napoleón por esta parte como lo había quedado en la precedente; porque arrojado el archiduque Carlos hacia el Austria, se vino á ver en la necesidad de retirarse para marchar á la defensa de la capital amenazada.

Napoleón tomó en Munich todas sus disposiciones sin pérdida de un solo instante, porque se le hacía tarde el atravesar el Inn, el arrollar á los rusos y desconcertar los manejos de Berlín por medio de nuevos triunfos no menos rápidos que los de Ulm. Tenía á su frente el cuerpo del general Kutusof, compuesto cuando más de cincuenta mil hombres, para empezar la campaña, aun-